

El Crucero «Canarias» y La Mancha

Por RICARDO IBAÑEZ GEREZ

El crucero «Canarias», buque insignia de nuestra Armada, ha hecho su última singladura. En la final travesía, junto al «Canarias», han navegado otros buques de la Escuadra; numerosas embarcaciones lo han despedido con sus sirenas; enjambres de lanchas han llevado su saludo hasta los mismos costados del barco; en señal de homenaje, las gentes se han acercado a los puertos y a las playas flameando sus pañuelos, y muchos viejos marinos, al contemplar su definitiva estela, vertieron unas lágrimas. No hace falta explicarlo: el «Canarias» ha sido un temible barco de guerra y una benemérita nave de paz.

Al crucero «Canarias» se le ha despedido con honores. Y el día 4 de julio, entre un júbilo emocionado, volvió a su habitual fondeadero del arsenal ferrolano. Allí donde fue armado, cumplirá su postrera misión: ser desguazado.

¿Significa eso la muerte de un barco? No. En el caso del crucero «Canarias», que es un símbolo de la Marina española, no hay muerte, sino exaltación.

Los hombres del interior —porque también es nuestra la Armada— sentimos la desaparición de este glorioso barco, pero es más fuerte la grata sensación de que su símbolo ha de perdurar. Y a los que tuvimos el honor de pisar su cubierta y, en sus dependencias, gozar de la convivencia con sus tripulantes, esta singladura final nos acerca muy agradables recuerdos.

La primera vez que subí a bordo del «Canarias», arbolaba su insignia de almirante de la Flota don Alfredo Lostau, laureado, precisamente en una acción de este crucero, cuando pertenecía a su dotación como teniente de navío. Comandaba entonces la nave un hombre de gran simpatía y cordialidad. En nuestra conversación, le sorprendió mucho que uno de la meseta supiera la eslora —194 metros—, la manga, el armamento, las máquinas, la velocidad del buque... A mí también me produjo sorpresa que aquel capitán de navío, gallego, explicara con tanta precisión las virtudes del vino de La Mancha. Siempre que tuve ocasión, acudí al «Canarias» a saludarle. Recuerdo que en cierta visita, en compañía de unos dirigentes de cooperativas, me gastó una broma: «Ahora —di-

jo—, el amigo Ibañez va a explicarnos el radar». Pero no me asusté. Cogí una tiza y escribí en la pantalla del puente de mando, al revés para que se leyera normalmente desde el lado opuesto, las cifras que me pareció observar en el aparato. Era todo lo que yo sabía. Y recuerdo las atenciones que tuvo con nosotros: el obsequio en su cámara; la visita a las instalaciones de La Graña; el recorrido que, en una potente falúa, hicimos hasta mar abierto, por la bahía y el canal de entrada, entre los castillos de San Felipe y de La Palma. Justo por donde ahora ha terminado su última singladura el «Canarias». Hace tiempo que no puedo ir a El Ferrol y saludar a aquel comandante, don Antonio González-Aller Balseyro, que ahora es almirante y capitán general de la zona marítima del Cantábrico.

Muchos recuerdos de entonces: el inesperado encuentro, en una sala de máquinas, con un marino de mi pueblo, y ¡lo que en la tierra!, la satisfacción de escuchar a aquellos muchachos de la dotación, los elogios al vino de La Mancha.

En la Semana Naval de Santander conocí a un nuevo comandante del «Canarias»: el capitán de navío don Enrique Arévalo Pelluz. Ya había dado su permiso el ministro de Marina para que una representación del «Canarias» y de algunos establecimientos de la Armada se desplazara a La Mancha, concretamente a Daimiel, a la inauguración de las plantas «Don Quijote» y «Crucero Canarias», de la cooperativa La Daimieleña. El nuevo comandante —que fue amigo entre las brumas del norte y lo es bajo el sol de Andalucía— valoraba mucho la oportunidad de una confraternización de los hombres del mar con los de tierra adentro; de una convivencia, aunque breve, de aquéllos que, de distinta forma, trabajan por la patria. Sobre estos temas o parecidos discurrían nuestros diálogos a bordo. No puedo olvidar que una conversación sobre La Mancha fue interrumpida por los cañones del «Canarias»: eran las salvas de ordenanza, porque estaba entrando en Santander el Jefe del Estado.

Los actos de la Semana Naval se iban cumpliendo